

# LA IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS SOBRE LAS ACTITUDES Y VALORACIONES LINGÜÍSTICAS

GLORIA ANDREA CÓRDOBA HENAO<sup>1</sup>

## Resumen

Este artículo tiene como propósito fundamental resaltar la importancia de los estudios sobre las actitudes lingüísticas en el marco general de los estudios sobre la variación sociolingüística, haciendo énfasis en el aporte que le hacen a la comprensión de las motivaciones sociales de los hablantes. Para esto se recorren brevemente algunos de los que se han realizado en lengua española, resaltando la necesidad de generar más análisis de este tipo y se presentan algunas notas teóricas y metodológicas sobre cómo abordarlos.

**Palabras clave:** actitud lingüística, sociolingüística, variación, contacto

## Abstract

This paper aims at highlighting the importance of basic research on language attitudes in the general framework of sociolinguistic variation studies, emphasizing their contribution to the understanding of the social motivations of speakers. For this, we make a brief tour about some of the studies on attitudes that have been made in Spanish, underlining the need to generate more studies of this kind, and present some theoretical and methodological notes on how to address them.

**Key words:** linguistic attitude, sociolinguistics, variation, contact

1 Lingüista de la Universidad Nacional de Colombia. Investigadora del Instituto Caro y Cuervo (grupo de investigación Aslec). Contacto: <andrea.cordoba@caroycuervo.gov.co>.

Algunos estudiosos del lenguaje, que consideran que ocuparse de las creencias u opiniones de los hablantes con respecto a las diferentes formas de habla que los rodean no es tarea de la ciencia y que, en consecuencia, no hay que ser lingüista para estudiarlas, han subordinado constantemente el estudio de las actitudes lingüísticas.

Por fortuna hay quienes tienen una opinión distinta y les han prestado atención a estos cuestionamientos con una óptica científica. Así los estudios sobre las actitudes lingüísticas se convirtieron en una parte fundamental de la sociolingüística desde la década de los setenta, y desde entonces los análisis de este tipo se consideran esenciales para la comprensión del aspecto social de la lengua.

Gracias a ellos se han llegado a comprender las razones sociales y culturales que motivan aspectos de la variación lingüística en diferentes contextos de la vida social. Aspectos tales como el prestigio y el poder se reflejan en la opinión de algunos hablantes sobre la forma de hablar de otros o en las restricciones al uso de su lengua a que se someten en contextos particulares. La sociolingüística interaccional ha trabajado arduamente en la interpretación de dichos fenómenos y siempre ha llegado a la conclusión de que realmente es una coacción política y sociocultural lo que determina qué, cuándo y cómo hablamos, muchas veces dejando de lado las propias ideas sobre cómo hacerlo y aceptando formas que nos rebasan y ejercen coerción sobre nosotros.

En este sentido, quienes emprendan la tarea de realizar un estudio sociolingüístico deberán tener presente la importancia de explorar las actitudes de los hablantes de la comunidad de habla elegida frente a la lengua, para aportar desde una perspectiva cualitativa a la comprensión de las motivaciones de la variación y, en algunos casos, de las tendencias del cambio lingüístico en contextos de contacto sociocultural.

En Colombia se han realizado pocos estudios formales sobre el aspecto sicosocial de la lengua, sobre todo si tenemos en cuenta que en el país hay, mínimo, trece familias de lenguas indígenas y dos lenguas criollas aparte del español, con sus diferencias dialectales, todas en constante contacto gracias a los acelerados procesos de migración interna que sufre la población. Se esperaría que, en un contexto como este, los argumentos que genera el estudio de las actitudes lingüísticas nos dijeran más cosas sobre las causas sociales que motivan a los diferentes grupos humanos a variar sus formas de hablar.

Sin embargo, algunos estudios deben resaltarse por sus aportes en este campo, como el efectuado en Colombia por Max Caicedo Heiman “Dialecto y sociedad en Buenaventura” (1992) (cit. en Blas Arroyo, 1999). Una de las conclusiones más llamativas de este estudio es el hecho de que, a pesar de que se ha visto marginada social y económicamente durante muchos años, la población de Buenaventura tiene en mucha estima sus rasgos diferenciadores (africanismos) y además considera que al resto de los colombianos les ocurre lo mismo.

Otro estudio que debe mencionarse es “Actitudes lingüísticas indígenas en la Amazonía colombiana”, realizado en la década de los setenta por el español Manuel Alvar y publicado en su libro *Hombre, etnia, Estado: actitudes lingüísticas en Hispanoamérica* (1986), que se centra principalmente en las actitudes ante el bilingüismo y las modalidades ejemplares de algunas comunidades de habla hispana en América que señalan el correcto aprendizaje del español como una vía –o, al menos, un instrumento– para la emancipación.

De hecho, los estudios más completos sobre este tema en lengua española se han realizado en España. El de Alvar es muy significativo porque involucra varios aspectos relevantes; uno de ellos es la pregunta acerca de si para los hablantes priva la conciencia nacional o la local y si

valorar o desestimar la lengua ayuda a afianzar la propia conciencia de clase. Se encuentra en este estudio, al igual que en otros realizados en ese país, la diferenciación entre “español” y “castellano”: el primero se asocia con la identidad nacional y el segundo con la norma. En distintas regiones de España, la gente está de acuerdo en que el “castellano” es mejor. Así, los habitantes de Santander dicen hablar “castellano legítimo” o “castellano limpio” y tienen su propia habla en muy alta estima, mientras que los habitantes de Andalucía dicen que el andaluz es “malo”, “bajo”, “mal hablado”, “fulero”, “basto”, etc. Aun así, sostienen que es “mejor” que el castellano, aunque este sea la norma. Sería muy interesante investigar si, para los hablantes de distintas zonas de Colombia, el sentimiento regionalista es así de fuerte o si prevalece la unidad nacional.

Otro estudio que vale la pena resaltar es el realizado en Argentina por Mercedes Blanco de Margo, “Actitudes lingüísticas en la primera mitad del siglo XIX en la Argentina” (1985), donde aparecen conceptos muy importantes, como el de *nacionalismo lingüístico*, que “alcanza su culminación cuando se considera a la lengua como el más relevante de los símbolos y expresiones de la nacionalidad” (133). Aunque son principalmente históricos y se basan en análisis diacrónicos, este y otros estudios de dicha investigadora son importantes porque demuestran que las actitudes también están ligadas a los acontecimientos históricos y políticos de un país. En el caso del desplazamiento en Colombia, estos dos factores son fundamentales para entender la situación actual de la población y su visión del resto de la sociedad.

#### Notas teóricas

Cuando se habla de su actitud frente a una situación, se piensa en lo que una persona o un grupo piensa, cree

o siente ante ella. Las actitudes que se tienen frente a los fenómenos sociales se han estudiado ampliamente porque pueden determinar de muchas maneras la relación entre el individuo y la sociedad. Cuando la sociolingüística empezó a preocuparse por el estudio de las actitudes lingüísticas, los investigadores se dividieron en dos tendencias teóricas, tomadas ambas de la psicología: la mentalista y la conductista. En la primera, la actitud se entiende como un estado interno del individuo, una disposición mental hacia unas condiciones o unos hechos sociolingüísticos concretos; su mayor problema es la búsqueda de herramientas metodológicas que permitan saber exactamente qué pasa en la mente de un hablante. En la segunda, en cambio, se parte de la observación de las conductas de un hablante en determinada situación lingüística y se analizan según el principio de que dichos comportamientos son resultados de las actitudes que una persona ha adquirido a partir de un intercambio de estímulos y respuestas con una o varias comunidades de habla<sup>2</sup>.

Las actitudes lingüísticas empezaron a tener importancia en la sociolingüística a partir de los estudios que sobre las actitudes en general se habían realizado en psicología y sociología y que trataban de lo que llevaba a una persona a escoger una cosa o una situación y a rechazar otra. Así, a principio de los años setenta –aunque existen unos pocos estudios realizados en los años cincuenta, enfocados principalmente en el bilingüismo<sup>3</sup>–, los lingüistas empezaron a pensar en la influencia que tiene, para

2 Véase Ryan, E. B.; Giles, H. & Sebastian, R. J. (2000) "Una perspectiva integrativa para el estudio de actitudes hacia la variación lingüística", en Lastra, Y. (dir.) Estudios sociolingüísticos, donde se desarrollan con mayor precisión las teorías actuales sobre las que se tejen las actitudes lingüísticas. Es un documento recomendado para quienes quieren ahondar en su estudio.

3 Las actitudes respecto a las lenguas pueden tener efecto sobre el aprendizaje de una segunda lengua o de una lengua extranjera, y medirlas puede ser de utilidad para la enseñanza de las lenguas y la planificación lingüística. Se recomienda revisar conceptos como ego lingüístico, motivación y técnicas de maneras comparadas. Véanse Fasold, 1984, y Ryan & Giles, 1982

el desarrollo de una lengua, la actitud de los hablantes ante ella, ya que las lenguas van cambiando mediante el mismo proceso de escogencia y rechazo; una actitud favorable hace que una lengua se mantenga y se expanda mientras una actitud desfavorable puede llevar incluso a su desaparición.

La actitud hacia una lengua o variedad está ligada principalmente al nivel de prestigio o desprestigio que ella tenga para la comunidad, o sea para los hablantes de esa lengua o variedad<sup>4</sup>. Por esta razón, suele considerarse más prestigiosa la variedad que use la clase social más alta o un grupo social que, por cualquier razón, se considere mejor posicionado.

En cuanto factor social, la lengua refleja muchos otros fenómenos sociales. Por consiguiente, mediante el estudio de las actitudes lingüísticas se pueden conocer muchos aspectos de una comunidad y de sus relaciones con otras. El hecho de que los hablantes de una lengua sientan la necesidad de aprender una segunda lengua específica — como es el caso del aprendizaje del inglés en América Latina— revela mucho acerca de las relaciones políticas y económicas entre los países. Así mismo, la forma en que dentro de una comunidad se respeta a una persona o se rechaza a otra por su forma de hablar evidencia cómo están constituidas las jerarquías sociales en ella.

- 4 Vale la pena mencionar que los factores de prestigio surgen también a partir de los procesos socioespaciales que se dan en los grupos. Dichos procesos originan patrones del prestigio y los legitiman a través de la formación de los territorios. En ese sentido, debemos entender territorio como un espacio social construido históricamente a través de relaciones, prácticas sociales y actividades humanas, que puede enfocarse a través de tres características básicas recíprocas e interdependientes: poder, tradición y memoria. El territorio es histórico, cultural y político; expresa identidades, formas de apropiación del espacio y concurrencia de fuerzas. Al referirnos a un territorio, hablamos principalmente de relaciones sociales con un entorno determinado, de poderes ejercidos por diferentes actores sociales internos y externos, a escalas macro y micro, y de expresiones formales e informales que surgen en un espacio concreto —grados de influencia o control— y lo delimitan, legitiman y diferencian (Reyes & Córdoba, 2011: 150).

Este hecho, a su vez, es muy determinante en lo atípicamente a los cambios que sufre una lengua porque afecta no solo su dirección sino además su velocidad, ya que, de acuerdo con la teoría de la acomodación, expuesta por Howard Giles (en Butragueño, 2004), un hablante aproxima sus usos lingüísticos a los de una persona o grupo social para parecerse a ella o sentirse incluido en él y los distancia para diferenciarse de ella o excluirse de él. Esta es, tal vez, la principal razón de que las lenguas se encuentren en constante cambio; ya que, si bien es cierto que los cambios lingüísticos más notorios se dan debido a grandes migraciones que ponen en contacto distintas lenguas, también en el interior mismo de las lenguas se dan permanentemente variaciones que, según esta teoría, deberían estar determinadas principalmente por los usos de la clase social más prestigiosa.

Existen algunos factores que aceleran y otros que retrasan el proceso de acomodación (Trudgill, en Butragueño, 2004); el que, probablemente, más afecta este proceso es la dificultad de comprensión. Podría pensarse que la necesidad de comunicarse está por encima de las actitudes lingüísticas; no obstante, varios investigadores han demostrado que, cuando dos lenguas o variedades entran en contacto, es común que incluso, en muchas ocasiones, los miembros mismos de ciertas minorías étnicas consideren de mayor prestigio la que habla la mayoría y menosprecien las suyas propias o aquellas en que se notan acentos regionales.

Esto es lo más común, aunque también ocurre que una minoría considere más prestigiosa su lengua, lo que puede retrasar el cambio. Un ejemplo es el caso de algunos inmigrantes europeos en Argentina, que, dadas sus condiciones de desplazamiento, encuentran en su lengua el último refugio de su identidad nacional y de sus tradiciones y un lazo de unión con sus antepasados, y por esta razón consideran su lengua como de mayor prestigio que

el español de los argentinos. Esta actitud positiva puede retrasar el proceso de adaptación y eventual desaparición de la lengua inmigrante, aunque, por tratarse de un grupo minoritario, es inevitable que prevalezca la necesidad de comunicarse. En el caso de los inmigrantes italianos, a pesar de que su lengua termina por caer en desuso, algunas palabras y el acento mismo se mantienen, precisamente porque la lengua se consideraba muy prestigiosa.

Asimismo, las actitudes positivas pueden fomentar casos de bilingüismo. Por ejemplo, tratándose de lenguas no plenifuncionales —es decir, de las cuales un hablante no puede valerse exclusivamente para suplir sus necesidades comunicativas en todos los ámbitos sociales que le competen—, lo lógico sería pensar que tenderían a desaparecer; sin embargo, lo que ocurre a menudo es que sus hablantes —por lo general, minorías étnicas— tienen un fuerte apego a ella por considerarla el núcleo de su identidad.

El factor identitario es otro de los principales para el estudio de las actitudes lingüísticas. Le Page (1980), al igual que muchos sociolingüistas, considera primordial la relación que existe entre lenguaje e identidad. Sostiene que la identidad hace que los individuos establezcan sus reglas personales según el grupo a que quieran integrarse (*act of identity*). A su vez, Moreno Fernández afirma que “la identidad es aquello que permite diferenciar un grupo de otro, una etnia de otra, un pueblo de otro” (1998: 180) y establece una distinción entre identidad objetiva e identidad subjetiva. La primera es aquella mediante la cual un grupo se identifica o se diferencia de otro por medio de las instituciones y rasgos culturales (rituales, religión, etc.) que perfilan su personalidad, mientras que la segunda se refiere a la sensación de sí que comparten los miembros de un grupo y a su noción de lo diferentes que crean ser de los integrantes de otro grupo.



Este último punto de vista podría tomarse en consideración para delimitar en un primer momento a ciertas comunidades de habla cuya identidad no está determinada por diferencias lingüísticas esenciales —como el uso de algún modo verbal particular o cierto rasgo fonético evidente— sino por la noción que tiene de su diferencia frente a otros grupos. Sería el caso de las variedades dialectales de la costa Atlántica colombiana, ya que es común que los hablantes del interior los consideren a todos parte de una única comunidad de habla —de ahí que se refieran a todos como “costeños”— porque no reconocen rasgos particulares que los diferencien claramente entre sí mientras que sí encuentran generalidades muy amplias como la elisión de la /s/ final o de la /d/ intervocálica. En cambio, de la afirmación: “Todos los costeños hablan igual”, un samario dirá que es falsa “porque el cartagenero habla golpiao”; un barranquillero afirmará que él habla “mejor” que un guajiro porque en su comunidad de habla unidades léxicas como *primo* o *cuadro* se consideran poco prestigiosas. De esta manera es posible delimitar una comunidad de habla según los criterios de los hablantes de cada variedad dialectal.

En situaciones de migración es común que ocurra lo contrario; es decir, que la población inmigrante no se esfuerce por mantener su identidad lingüística sino que intente mimetizarse en la comunidad de llegada. Esto sucede porque la mayoría de las migraciones —no solo en Colombia— se desplazan de zonas rurales a zonas urbanas. En Colombia, este fenómeno está determinado principalmente por factores asociados a la violencia que vive el país y por la presión de los grupos criminales; pero además es común que, como en muchos países, las personas que viven en el campo o en regiones alejadas de los grandes centros urbanos migren a ellos en pos de mejores oportunidades de trabajo y mayor calidad de vida. Alvar (1973) muestra que las “megaciudades”, como las llama,

son estructuras sociolingüísticas por sí mismas. Los inmigrantes tratan de acomodar su dialecto a lo que consideran el habla urbana porque es común que las variedades rurales se desprestigien al asociárselas a situaciones de pobreza o de baja escolaridad, y esta es la causa —a veces menos en la vida real que en la mente de los inmigrantes, cuya autoestima se va al suelo— de la discriminación, la falta de oportunidades laborales, el poco acceso a la educación y la poca movilidad social.

Para definir *habla urbana* hay que revisar rasgos de diferentes niveles socioculturales porque, mientras para el inmigrante, en muchos casos, solo son reconocibles “a primer oído” las diferencias diatópicas, en las megaciudades hay una vasta distribución de grupos sociales y las diferencias diastráticas llegan a ser más determinantes. Así la ciudad se convierte en un elemento integrador de las diferencias diatópicas.

Por otro lado, según Alvar (1983), en la mayoría de los casos ocurre que los inmigrantes de áreas rurales se ubican en las zonas periféricas de la ciudad y se mezclan con las clases sociales más bajas, de tal manera que la variedad diastrática que aprenden adolece de un nivel de desprestigio parecido al de la que tratan de abandonar.

Como lo hemos demostrado, la mayoría de los investigadores hacen mucho énfasis en la importancia de la clase social para el estudio de las actitudes lingüísticas. Normalmente, las de los grupos de mayor prestigio social concuerdan con las variedades que la comunidad en general considera de mayor prestigio. López Morales (1993) concluye al respecto que en los niveles sociales más altos existe una mayor conciencia lingüística. Hay varias razones que pueden explicar este hecho: la primera es el superior nivel educativo —esto es, un mayor conocimiento de la normatividad de la lengua y, en algunos casos, el conocimiento de otras lenguas; la segunda es la necesidad de diferenciación de que ya hemos hablado. La mayor

conciencia lingüística también implica un mejor uso de las variedades diafásicas; es decir, una mayor soltura al cambiar de registro según quien sea el interlocutor. Le Page explica esta capacidad de cambiar de registro al hablar con distintas personas o en diferentes contextos mediante la ya mencionada teoría de la acomodación.

Por su parte, la clase media sufre la doble necesidad de diferenciarse de la clase baja y de asemejarse a la clase alta para ascender social, laboral, profesional y económicamente. Es común que, en su afán de lograr un buen posicionamiento social mediante su forma de hablar, incurra en hipercorrecciones; es decir, que emplee formas rebuscadas que considera correctas sin serlo o apropiadas en contextos formales. El ejemplo que de esta situación da Blas Arroyo (1999: 52) —el dequeísmo— ocurre porque los hablantes lo asocian al habla “educada y refinada”.

Según López Morales (1993), otra característica importante que se observa en la clase baja es la inseguridad lingüística. Esta consiste en que un hablante afirme que considera incorrecta o desprestigiada una forma y aun así la use. No hay inseguridad lingüística cuando el hablante la usa sin tener conciencia de su falta de prestigio. Labov (1972) fue el primero en considerar la seguridad lingüística como un elemento importante de la evolución de una lengua; sostiene, al examinar el caso de Nueva York, que, a medida que crecen las diferencias sociales, aumenta el índice de inseguridad —y viceversa—, sean cuales sean las formas coincidentes. Tanta seguridad tienen quienes creen que la forma correcta es *había sellos* y, por tanto, la usan, como quienes piensan que el estándar es *habían sellos*, siendo esta la que usan. Así, para Labov, “la coincidencia entre conciencia y actuación lleva a la estabilización de las variedades lingüísticas; la discrepancia, por el contrario, es uno de los motores que impulsa el cambio” (1972: 223).

Otro punto determinante que han encontrado los investigadores son las diferencias por sexo y edad. En primer lugar, investigaciones como la de Silva-Corvalán (en Blas, 1999) han encontrado que las mujeres valoran más su habla que los hombres, tienen una mayor conciencia lingüística y hacen más diferenciaciones sociales. Estas investigaciones también han revelado que las mujeres usan más a menudo las variantes que se consideran de prestigio y son más conscientes de la necesidad de cambiar de registro según las circunstancias. Por otra parte, tanto hombres como mujeres consideran que las mujeres hablan mejor y que los hombres tienen permitido el uso de groserías, u otros que se consideran de poco prestigio, porque la feminidad y la masculinidad se identifican fuertemente por estos usos y, en general, todos actúan de acuerdo con este marcador social que los diferencia sexualmente.

En el caso de las diferencias por edades que se han encontrado en comunidades de habla, estudios realizados en España (Keller, en Blas, 1999) han demostrado que los adolescentes son quienes más impulsan los cambios fuera de las variedades de prestigio tradicional y menos toleran las variaciones regionales (Patridge & Giles, en Blas, 1999) y quienes tienen mayor dificultad en reconocer las variedades estándar de prestigio (Berg-Selikson, en Blas, 1999).

Por último, es necesario revisar la relación que existe entre “creencia” y actitud. Sobre este punto, los investigadores difieren de muchas maneras, pues para algunos la “creencia” es un aspecto de la actitud mientras que para otros, como López Morales, el concepto de “creencia” y el de actitud son distintos, si bien la segunda dependería fuertemente de la primera. Las “creencias” están formadas por el acervo cognoscitivo y afectivo de un hablante. Los elementos cognoscitivos no necesariamente están relacionados con el conocimiento de la norma; es decir, no son

una gramática o un diccionario. En el español de Colombia se ve un ejemplo de esto: muchas personas que tienen en gran estima su lengua y la consideran de prestigio utilizan *plausible* como sinónimo “culto” de *posible*, cuando la norma (el *Diccionario de la Real Academia Española*, en este caso) no acepta esa acepción para una palabra que en realidad significa “digno de aplauso”. Las personas usan una voz que consideran correcta y culta, y, aunque constituya una infracción de la norma, genera una actitud positiva ante la presunta “cultura” del hablante.

Las creencias afectivas tienen que ver con otro tipo de referentes extralingüísticos; por ejemplo, que una palabra es correcta porque es “la que me enseñaron mis abuelos” o que una persona crea que el uso de ciertas expresiones es “chévere” porque admira a quienes las utilizan. A partir de estas creencias, el hablante adoptará una actitud frente a los usos del lenguaje.

Aunque, como ya hemos visto, en la mayoría de los casos un individuo trata de hablar de la manera que considera más prestigiosa —lo que no necesariamente significa que la juzgue más correcta (como, por ejemplo, el uso de groserías por parte de los jóvenes como muestra de virilidad)—, principalmente en los contextos más “atildados”, también hay casos en que los hablantes rompen deliberadamente las reglas (Becker, 1973, en Blas, 1999). Esto se considera un caso de desviación y también revela qué piensa de quienes lo oyen y cómo quiere que lo perciba el resto de la comunidad de habla. En esta medida, esta actitud también hace parte de las actitudes lingüísticas.

En resumen, el estudio de las actitudes lingüísticas constituye una parte importante de la explicación cualitativa de los procesos, las tendencias, los estilos y los registros de la variación sociolingüística, pues estos resultan fuertemente influidos por las construcciones identitarias que elaboramos los hablantes en cuanto al uso de nuestra lengua en un contexto sociocultural específico. Sea, pues,

este artículo una invitación a los interesados en estudiar y explicar los fenómenos sociolingüísticos a no hacerlo solo según una perspectiva descriptiva o estadística sino a incluir en sus investigaciones –valga la redundancia– el habla de los hablantes y sus valoraciones del uso de su lengua.

## Bibliografía

- ALVAR, M. (1977) *Actitudes lingüísticas indígenas en la Amazonía colombiana*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo – Barcelona: Planeta
- (1983) “El español de Santo Domingo y el español de España. Análisis de algunas actitudes lingüísticas”, *LEA*, 2: 225-239
- (1986) *Hombre, etnia, Estado. Actitudes lingüísticas en Hispanoamérica*, Madrid: Gredos
- BLANCO DE MARGO, M. (1985) “Actitudes lingüísticas en la primera mitad del siglo XIX en la Argentina”, *Cuadernos del Sur*, 18 (dic.): 131-149
- BLAS, J. (1999a) *Consecuencias lingüísticas del bilingüismo social en las comunidades de habla del este peninsular*, Madrid: Vervuert
- (1999b) “Las actitudes hacia la variación intradialectal en la sociolingüística hispana”, *Estudios filológicos*, Madrid, 34: 47-72
- BUTRAGUEÑO, M. (2004) *El contacto de dialectos como motor del cambio lingüístico*, Nuevo México: Colegio de Nuevo México
- CORVALÁN, S. (2001) *Sociolingüística y pragmática del español*, Georgetown University Press
- FASOLD, R (1984) *The sociolinguistics of society*. Oxford: Basil Blackwell

- LE PAGE, R. (1980) "Projection, focusing and diffusion," *York Papers in Linguistics*, New York, 9: 9-31
- MORENO, F. (1998) *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona: Ariel
- LABOV, W. (1983) *Modelos sociolingüísticos*, Madrid: Cátedra
- LASTRA, Y. (2000) *Estudios de sociolingüística*, México: Universidad Nacional Autónoma de México
- LÓPEZ MORALES, H. (1993) *Sociolingüística*, Madrid: Gredos
- REYES, D. L. & CÓRDOBA, G. A. (2011) "Conceptos de región y territorio como aporte a los estudios de la lengua", *Lenguas en Contacto*, 3 <[www.lenguasdecolombia.gov.co/revista/category/autor/gloria-andrea-c%C3%B3rdoba-henao](http://www.lenguasdecolombia.gov.co/revista/category/autor/gloria-andrea-c%C3%B3rdoba-henao)> (consultado: 15/03/2012)
- RYAN, E.; H, G. (1982) *Attitudes towards language variation: Social and applies contexts*. London: Edward Arnold
- RICHARDS, J.; PLATT, J. & PLATT. H. (1997) *Diccionarios de lingüística aplicada y enseñanza de lenguas*, Barcelona: Ariel
- VILLENA, J. (2008) *Sociolingüística: corrientes y perspectivas*, Universidad de Málaga <[www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/S/sociolinguistica.htm](http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/S/sociolinguistica.htm)> (consultado: 10/10/ 2008)



